

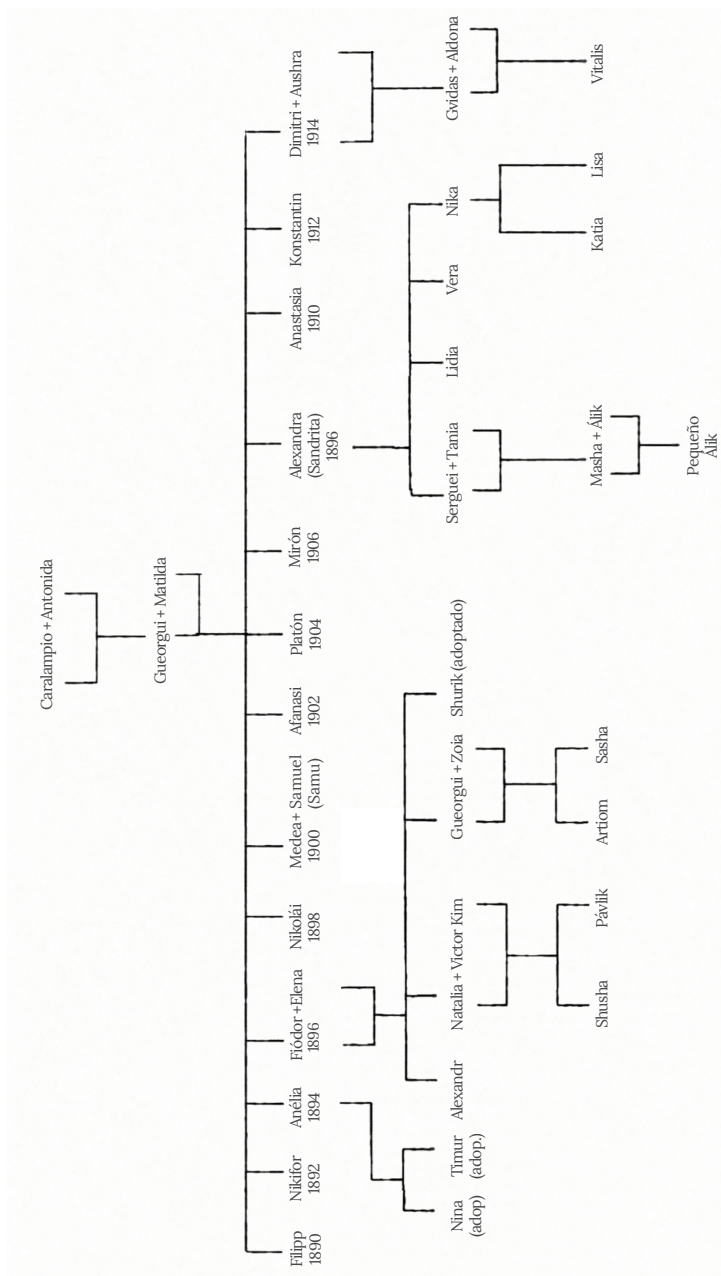
MEDEA Y SUS HIJOS

LIUDMILA ULÍTSKAYA

TRADUCCIÓN DEL RUSO Y NOTAS
DE YULIA DOBROVÓLSKAYA Y
JOSÉ MARÍA MUÑOZ ROVIRA



ÁRBOL FAMILIAR DE MEDEA SINOPLI





1

Medea Méndez, de nacimiento Sinopli, personificaba, sin contar a Alexandra —su hermana pequeña, que se había mudado a Moscú a finales de los años veinte—, a la última griega de pura sangre de una familia que en una época remota se había establecido en la costa de la península Táurica,¹ tan emparentada con la Hélade. Asimismo, era la última de la familia que conservaba el idioma vagamente griego, separado del griego moderno por la misma distancia milenaria que separaba el griego clásico de esa lengua griega pónica medieval que tan solo perduró en las colonias táuricas.

Desde hacía tiempo no tenía con quién hablar en ese idioma desgastado y rotundo que había alumbrado la mayoría de los términos filosóficos y religiosos y que, pese a todo, mantenía una literalidad prodigiosa y el significado original de las palabras: hasta hoy, en ese idioma a la lavandería se la llama *kátharsis*, a la mudanza, *metamórphōsis* y a la mesa, *trapeza*.

Los griegos de Táuride de la generación de Medea o bien pasaron a mejor vida, o bien fueron deportados; ella

1 Península de Crimea.

se había quedado en Crimea por voluntad Divina, o así lo creía, aunque en parte gracias también al apellido español que le legó su difunto marido, un jovial judío, dentista de profesión, hombre de muy visibles defectos insignificantes, y de notorios méritos ocultos.

Había enviudado hacía mucho, pero no volvió a casarse, permaneció fiel a su imagen de relictas enlutada, que le sentaba de perlas.

Los primeros diez años vistió estrictamente de negro, más adelante condescendió hasta un ligero jaspeado o unos finos lunares blancos, pero siempre sobre el negro. Un manto negro envolvía su cabeza, no a la rusa ni tampoco al modo rústico, sino acabado en dos nudos alargados, uno de los cuales descansaba sobre la sien derecha. El extremo largo del manto descendía en pliegues menudos helénicos hacia los hombros y tapaba su cuello arrugado.

Tenía los ojos pardos, claros y resecos como los pequeños surcos que cubrían su tez oscura.

Cuando, envuelta en su bata blanca de sanitario cerrada por la espalda, se sentaba tras la ventanilla de admisión del modesto hospital de pueblo, el marco de madera pintada le daba un aire de retrato goyesco.

Con una caligrafía suelta y anchurosa llevaba todos los registros del hospital, y de la misma manera, suelta y anchurosa, recorría su tierra natal; se levantaba como si nada los domingos antes del amanecer, se pegaba una caminata de veinte verstas hasta Feodosia, asistía a misa de pie y al anochecer ya estaba en casa de vuelta.

A ojos de los lugareños, Medea Méndez formaba desde siempre parte del paisaje. Si no estaba sentada en su taburete enmarcada por el recuadro blanco de la ventanilla, su silueta oscura se perfilaba infaliblemente ya en las colinas al este, ya en las pendientes rocosas al oeste del Poblado.

Sus caminatas no eran vanas: era una recolectora de salvia, tomillo, menta de montaña, de agracejo, de setas, de escaramujo, aunque tampoco despreciaba las sardónices u otras piezas laminosas y esbeltas de cristal de roca, o las monedas antiguas oscurecidas que guardaba la tierra opaca de aquel modesto escenario de la historia universal.

Los alrededores, los más próximos y los más alejados, le eran tan familiares como el contenido de su propia alacena. No solo recordaba dónde y cuándo se podía recoger la hierba que necesitaba, sino que anotaba para sus adentros cómo con las décadas aquel verde ropaje se transformaba lentamente: las breñas de menta del monte Kián descendían a lo largo de las arroyadas primaverales de la ladera este, el agracejo se extinguía envenenado por una enfermedad que carcomía las ramas inferiores, y al revés, las delicadas flores de la primavera sufrían el ataque subterráneo de la achicoria, ahogadas por sus raíces.

La tierra de Crimea siempre había sido generosa con Medea, le regalaba sus rarezas. Medea, a su vez, recordaba agradecida cada uno de sus hallazgos junto con los detalles más nimios del momento y el lugar, y los matices del sentimiento experimentado entonces: comenzando por el 1 de julio de 1906, cuando, siendo una cría, descubrió en medio de una carretera abandonada de Aqmescit² un corro de brujas de diecinueve setas: más bien pequeñas, exactamente iguales, con sombrero de color pálido verdoso, la variedad local del boleto. En la cúspide de sus hallazgos sin valor comestible se encontraba una sortija de oro, plana, con una aguamarina turbia: el mar que se calmaba tras un temporal la lanzó a sus pies en una pequeña playa cerca de Koktebel el 20 de agosto de 1916, el día de su decimosexto

2 Simferópol.

cumpleaños. Llevaba esa sortija siempre, ahondada en el dedo tras treinta años sin quitársela.

Por las plantas de los pies sentía la benevolencia de estas tierras. Pese a su decadencia, no las cambiaría por ningún lugar del mundo; en toda su vida, solo en dos ocasiones había salido de Crimea, unas seis semanas en total.

Era natural de Feodosia, mejor dicho, de una mansión enorme y antaño gallarda situada en la colonia griega que mucho tiempo atrás se había fusionado con la periferia de Feodosia. Para cuando ella nació, la mansión ya había perdido su elegancia original, se había rodeado de anexos, galerías y terrazas que respondían al crecimiento impetuoso de la familia durante la primera década del nuevo siglo, de tan alegre arranque.

Aquel crecimiento impetuoso de la familia iba acompañado de la ruina paulatina del abuelo, Caralampio Sinopli, un acaudalado comerciante, propietario de cuatro buques mercantes adscritos al, en esa época, recién inaugurado puerto de Feodosia. El viejo Caralampio, que llegando a su senectud había perdido el furor de su codicia, no dejaba de asombrarse por el hecho de que la fortuna, después de torturarlo con largos años de espera de un heredero, del parto séxtuple de mortinatos y los abortos involuntarios de ambas esposas, agasajara tan generosamente a su único hijo Gueorgui, fruto de treinta años de esfuerzos amatorios. Aunque, posiblemente, fuera mérito de su segunda esposa, Antonida, que, cumpliendo su voto, peregrinó hasta Kiev y, tras dar a luz y una vez amamantado el retoño, guardó vigilia de agradecimiento hasta su muerte. O, tal vez, la prolificidad de su hijo viniera de Matilda, su magra y pelirroja nuera, que el vástago se trajo de Batumi,³ que entró en casa

3 Antiguamente, Bathus, antigua colonia griega en Cólquida.

ostensiblemente preñada y que, desde entonces, cada dos años, a finales de verano, con una exactitud cósmicamente inconcebible, paría a un bebé de cabeza redonda.

A medida que llegaban los nietos, el viejo Caralampio se debilitaba, se volvía más bondadoso y, hacia el final de su vida, junto con las riquezas, perdió incluso su aire de mercader autoritario, despiadado y ladino. Pero su sangre se mostró fuerte, no se diluía en otros flujos, y sus descendientes, aquellos que no cayeron víctimas del tiempo feroz, heredaron de él tanto la fuerza del carácter como la astucia, mientras que su archiconocida avidez en la varonía se manifestaba mediante un irrefrenable afán constructor y en las mujeres —como Medea— se convertía en parquedad, en una mayor atención a los objetos y en un hábil practicismo.

La familia era tan benditamente copiosa que habría supuesto un excelente objeto de investigación para cualquier estudioso interesado en la distribución de los rasgos heredados genéticamente. A falta de genetistas interesados, Medea, con su anhelo innato de llevarlo todo, desde las tazas de té en la mesa hasta las nubes en el cielo, al orden, al sistema, más de una vez se había divertido alineando a sus hermanos y hermanas conforme al grado de intensidad de su pelirrojez: en su imaginación, por supuesto, ya que no recordaba ni una sola vez en la que se hubiese reunido toda la familia. Siempre fallaba algún hermano mayor... De una u otra manera, la tonalidad cobriza de la madre se dejaba ver en todos, pero solo Medea y el más joven de los hermanos, Dmitri, eran radicalmente pelirrojos. El cabello de Alexandra (en casa la llamaban Sandrita) era de un complejo color caoba, destellos ígneos incluidos.

En ocasiones hacían acto de presencia el dedo meñique acortado del abuelo, que a saber por qué solo tocaba

a los niños, así como el lóbulo pegado y la extraordinaria capacidad de visión nocturna de la abuela, que, por cierto, también poseía Medea. Todos estos rasgos genéticos y otros no tan llamativos hacían sus juegos malabares en la descendencia de Caralampio.

Incluso la fertilidad familiar se escindió en dos: unos, igual que Caralampio, no conseguían procrear siquiera un único hijo en años, mientras que otros sembraban el mundo de renacuajos pelirrojos sin darle importancia alguna. Caralampio, por su parte, desde 1910 descansaba en el cementerio griego de Feodosia, en su punta más alta, con vistas al golfo donde, hasta la Segunda Guerra Mundial, chapoteaban dos buques de vapor suyos adscritos como antaño al puerto de Feodosia.

Pasados muchos años, Medea, que se quedó sin prole, reunía en su casa de Crimea a sus numerosos sobrinos y sobrinos nietos, que constituían el objeto de su sereno estudio no científico. Se suponía que los quería mucho. No es tan fácil sopesar el amor de una mujer sin hijos hacia los niños, pero, cuando menos, era patente el vivo interés que le despertaban, creciente incluso a medida que se adentraba en la vejez.

Las temporadas de afluencia de la joven parentela no le pesaban a Medea, como tampoco la soledad de los otoños y los inviernos. Los primeros sobrinos solían llegar a finales de abril cuando, tras las lluvias de febrero y los vientos de marzo, de debajo de la tierra surgía la primavera de Crimea vestida con la floración lila de las glicinas, el rosa de los tarayes y el amarillo chino de las retamas.

Por regla general, la primera tanda era corta: unos cuantos días festivos de mayo, algunos se quedaban hasta el 9. A continuación, había una pausa breve y, alrededor del

20, se presentaban las chicas: madres jóvenes con niños de edad preescolar.

Puesto que en total eran unos treinta sobrinos, el calendario se pergeñaba ya desde el invierno: la casa de cuatro habitaciones no habría soportado más de veinte personas a la vez.

Los automovilistas de Feodosia y Simferópol que comían del acarreo turístico veraniego conocían perfectamente la casa de Medea y a veces hacían descuento a sus parientes, aunque avisando de antemano que si llovía no conducirían hasta arriba, que dejarían a los pasajeros en el Poblado Bajo.

Medea no creía en casualidades, pese a que su vida estaba llena de encuentros cargados de significado, coincidencias extrañas y sorpresas que ni pintiparadas. Después de cruzarse una única vez con alguien, dicha persona regresaba años después para hacer girar la rueda, los hilos se extendían, se juntaban, formaban lazos y arabescos que con el tiempo se volvían más y más evidentes.

A mediados de abril, cuando el tiempo parecía haberse asentado, amaneció un día sombrío, bajaron las temperaturas y se desató una lluvia oscura que amenazaba con convertirse en nieve.

Tras correr las cortinas, Medea, pese a la hora relativamente temprana, optó por encender la luz, echó un puñado de chamarasca y dos leños a su pequeña y eficiente estufa, que se contentaba con poco combustible pero daba mucho calor; extendió sobre la mesa una sábana gastada y se detuvo a barajar las opciones: o bien trocearla para obtener unos trapos de cocina, o bien recortar la parte central rota, juntar los extremos intactos y así ganar una sábana para la cama infantil.